

que el día 13 del presente mes de julio, entre las siete y ocho horas de la tarde, Juan Pablo Marat, diputado en la convencion nacional, fué asesinado en su propia casa, dentro del baño, por medio de una cuchillada en el pecho, de cuya herida murió en el acto; 2.º que Maria Ana Carlota Corday es la autora de este asesinato; y 3.º que lo ejecutó con premeditacion y con miras criminales y contrarevolucionarias: condena á Maria Ana Carlota Corday á la pena capital, y manda que sea conducida al lugar del suplicio cubierta con una túnica encarnada; que sus bienes queden de propiedad de la república, y que el presente fallo, á instancia del acusador público, sea puesto en ejecucion en la plaza de la Revolucion.»

Todas las miradas se fijaron sobre ella como para descubrir si la calma imperturbable que habia mostrado en el juicio se desmentiria con la idea de un suplicio cierto é inevitable. ¡Vana esperanza! la altiva republicana se mantuvo impassible: ninguna alteracion se notó en sus facciones: ni la conmovió el fallo terrible que la condenaba al patíbulo, ni el silencio sepulcral que la circundaba, ni el mismo respeto religioso con que iban acompañadas las sangrientas decisiones de la justicia. En su frente reinó la mas profunda serenidad durante aquellos momentos en que el valor mas inmutable tiene que ceder á las emociones de la naturaleza (1).

Preguntóle en seguida el presidente si tenia algo que decir sobre la aplicacion de la ley, y su única respuesta fué mandarse acompañar por los gendarmes á su defensor, á quien dijo con suma gracia y amabilidad: «Caballero, le doy á Vd. infinitas gracias por el valor con que me ha defendido del único modo que fuere digno de Vd. y de mí. Como estos señores me confiscan los bienes, quiero darle á Vd. una prueba mayor de mi reconocimiento, rogándole que pague por mí lo que estoy debiendo en la cárcel, en lo que cuento con su generosidad.» (Ascendian sus deudas á 36 francos, que efectivamente pagó al día siguiente M. Chauveau-Lagarde al alcaide).

Volvióronla luego despues á la Conserjería, de donde ya

(1) Des Essarts.

no volvió á salir sino para ir al patíbulo, y comió de muy buena gana manifestando mas buen humor que de costumbre; al alcaide le dijo: «Señor Richard, yo contaba que podríamos almorzar juntos; pero esos señores me han tenido allí tanto tiempo, que me disimulará Vd. si he faltado á la palabra.»

Luego entró el verdugo en la cárcel para acompañarla al suplicio, en ocasion en que habia principiado tranquilamente una carta que le rogó le dejase concluir; era para Mr. de Pontécoulant, á quien escribió lo siguiente: «Doulcet Pontécoulant es un cobarde por haberse negado á defenderme siendo cosa tan fácil: el que se ha encargado de ello lo ha hecho con toda la dignidad posible, y le estaré agradecida hasta el último momento (1).»

Cuando el ejecutor le ató los brazos y cortó los cabellos, conservó su fortaleza y magestad llena de gracia, diciendo tan solo: «Por cierto, estoy poco acostumbrada á esta clase de peinado.»

En el acto en que subió al carro fatal, estalló una violenta tempestad, que aun era menos terrible que la tempestad de vociferaciones y rugidos de la inmensa multitud que la acompañaba al lugar del suplicio. Nada fué bastante para turbar su alma inalterable. Dirigia sobre el pueblo suaves y modestas miradas, y sus movimientos tenian una dejadez voluptuosa y decente (2). Su aire era risueño sin ser hurlon (3). Llevaba la cabeza erguida sin altivez; su mirar era libre sin

(1) M. Gustavo Pontécoulant era sobrino de la abadesa de este nombre del convento de la Abadía de Damas en que se habia criado Carlota. Háblele conocido en casa de esta señora, y posteriormente le vió siendo presidente del departamento del Calvados. Este sugeto se habia adherido con calor á los primeros movimientos de la revolucion, sin embargo de haber sido antiguamente subteniente de guardias de corps. Parece que no se hallaba en casa cuando fué llevada la carta de Carlota, de modo que esta anduvo equivocada en el juicio que de él formó. Tambien se equivocó en creerle del partido de la Montaña, por cuanto el 14 de abril último votó por la acusacion contra Marat, y perseguido por los sectarios de este tuvo que refugiarse en Suiza. (M. Dubois).

(2) Crónica de Paris.

(3) Rétit de la Bretonne.

menosprecio; su semblante espresivo y animado sin violencia, y su continente firme y decidido sin afectacion. La camisa encarnada, de sí tan asquerosa, aun parecia aumentar su natural belleza; su toca y vestido eran muy sencillos. Esta calma heroica no se desmintió ni un solo instante en todo el tránsito, desde el Palacio hasta la plaza de la Revolucion (1). En su rostro encantador brillaba una serenidad verdaderamente celestial; solo se ruborizó á la vista del cadalso, al que subió sin embargo con toda la velocidad que le permitió el tener las manos atadas detras (2). Cuando el ejecutor le arancó la pañoleta que le cubria el pecho, manifestó la jóven su pudor ultrajado con un movimiento de cólera que pronto reprimió. Dejóse caer sin repugnancia sobre la tabla fatal. Reinaba un profundo silencio... y el hacha terrible se descolgó!...

El abominable ejecutor, llamado Legros, cometió al enseñar la cabeza la infamia de pegarle una bofetada, cuya miserable accion produjo una esplosion de descontento; y se notó que las pálidas mejillas se cubrieron entonces de hermosísimo encarnado (3).

A la verdad, créese uno trasportado á un mundo imaginario cuando lee tales hechos; trata uno de descubrir qué ensueños de imaginacion han podido prohibir tantas y tan grandes cosas, y en todas ellas no ve mas que la realidad. Otra reflexion hay que hacer, y es que el fervor revolucionario debió presentarse bajo un aspecto sumamente seductor y en formas sobremanera atractivas, para embelesar á toda una nacion ó inspirar á una jóven el entusiasmo que la hace tan digna de admiracion.

Si contemplamos los prodigios de esta revolucion, y sus contrastes gigantescos, nos quedamos como apocados y anonadados á la vista de aquellas fantásticas apariciones; vémonos aterrados por lo que tienen de sobrenatural, nos senti-

(1) Des Essarts.

(2) Rétit.

(3) Véase sobre este particular una disertacion que hay en el *Magasin Encyclopédique de Millin*.

mos harto pequeños para soportarlo, secundarlo y apropiárnoslo. Ah! si lo lográsemos!... hallariamos inagotable fuente de creaciones dramáticas, y una mina interminable de intereses animados, de figuras enérgicas ó pusilánimes, radiantes de exaltacion ó á la desesperacion abandonadas, llenas de desórden ó de calma, bajas ó sublimes, angélicas ó infernales.

El martirio de Carlota Corday tuvo prosélitos. Ya al momento de entrar en la cárcel, se presentó un jóven solicitando que se le permitiese constituirse preso en su lugar, sujetándose á la condena que contra ella resultase. El famoso Adam Lux tuvo el denuedo de espresar públicamente su admiracion en un opúsculo improvisado. Representóla abandonando su pacífico hogar, sin fiarse de nadie, sin apoyo, sin consejo ni consuelo; en nada aprecia su vida, y la abandona para ir á salvar otras mil, y con esta sola idea adquiere fortaleza y confianza extraordinarias. La carta para Barbaroja le llena de pasmo y exaltacion, juzgando que no tiene ejemplar, y que ha de crear mil entusiastas, mil héroes. «¡Carlota Corday, jóven sublime, vírgen incomparable! ¿qué sensaciones dejé yo de experimentar cuando te ví arrastrar al suplicio? ¡Tan hermosa, tan delicada! ¡tan inalterable amabilidad en medio de los bárbaros rugidos! ¡ese mirar tan blando y penetrante! ¡esas vivas y húmedas centellas que resplandecian en tan bellos ojos, en que resaltaba un alma no menos tierna que intrépida! ¡ojos encantadores, que debieran haber ablandado las piedras! ¡ó recuerdo sin par é inmortal! ese mirar de ángel penetró hasta lo íntimo de mi corazon y le colmó de violentas emociones, hasta entonces desconocidas; ¡emociones cuya suavidad es igual á su amargura, y cuyo sentimiento solo se extinguirá con mi postrer suspiro!»

El infeliz buscó adrede subir á la guillotina, cual altar purificado por la sangre de la hermosa heroína, con la cual ansiaba que la suya se mezclára. «Ultrajadme como á ella la ultrajasteis!», exclamó, y regocijáos otra vez en este espectáculo de tigre. ¡Ó Parisienses! ¿es posible que en el recinto de vuestra ciudad, antes morada del galanteo, sucedan tales atrocidades? ¡Perdona, oh Carlota, si en mis últimos mo-

mentos no me es dado mostrar tu valor y amabilidad! Gózome de tu superioridad; porque es muy justo que el objeto adorado sea siempre superior al adorador.»

Deseaba que se erigiese una estatua á Carlota Corday con esta inscripcion: *¡Mas grande que Bruto!* Sobrecogióse de alegría en el acto de su arresto, y no profirió mas que estas palabras: «Moriré por ella!» Efectivamente, pronto tuvo la misma suerte (1). Para él la suprema felicidad consistía en que el mismo acero que habia tocado el hermoso cuello de la que amó hiriese el suyo; y en esta única idea concentraba todas sus fuerzas y todas las facultades de su existencia, no pareciéndole equivalente la mas dilatada vida á este precioso instante de muerte. Estas sí que son pruebas de amor hácia una muger.

Louvet, en sus nociones sobre la historia, se espresa con muchísimo fuego. «Tus facciones, oh Carlota, no se borrarán jamas de mi memoria; siempre estarás presente á mis ojos, grave, afable, modesta y bella como siempre te viéramos; con ese aire de nobleza lleno de confianza, con ese mirar de fuego templado por la modestia, fuego que viéa brillar cuando viniste á despedirte de nosotros por última vez. Yo declaro y juro que jamas dijo á ninguno de nosotros una sola palabra del proyecto que llevaba; y caso que semejantes acciones pudiesen aconsejarse y que nos hubiese consultado, ¿hubiéramos nosotros por ventura tratado de dirigir sus golpes contra Marat? ¿Ignorábamos acaso que á la sazón se hallaba de tal modo devorado por una cruel enfermedad, que apenas le quedaban dos dias de vida?... ¡Qué sublimidad se nota en la noble concision de las respuestas de este jóven! ¡Qué magnificencia de espresiones y pensamientos encierra la epístola inmortal que pocas horas antes de su muerte dirigió á Barbaroja, la que, á impulsos de un profundo sentimiento de delicadeza republicana, tan solo propio de su alma grande, cuidó de fechar de la estancia de Brissot! O perecerá todo lo que ha habido de mas bello, ó esta epístola subsistirá por todos los siglos. ¡O querido Barbaroja! De tu destino, á pesar de

(1) *Gaceta Francesa*, segundo año, núm. 573.

que es tan digno de ser codiciado por entero, jamás he envidiado de todas veras mas que la dicha que te grangeó de que tu nombre fuera unido á esta carta! Ah! por lo menos en su interrogatorio tambien pronunciára el mio. Con que, ya he recibido el premio de todos mis trabajos, y la indemnizacion de todos mis sacrificios! Si, suceda lo que sucediere, ya tengo siquiera una recompensa: Carlota Corday me ha honrado, y estoy cierto que no moriré!.... Carlota, alma divina! tu que para siempre jamas serás el idolo de los republicanos, desde el Eliseo en que descansas con los Vergniaud y los Sidney, oye mis preces, pide al Eterno que proteja á mi esposa, que la salve, que me la restituya! Y si debe perecer en un patíbulo, que á lo menos no tarde yo en saberlo, para ir á los lugares donde tu reinas á reunirme con mi esposa y conversar contigo!»

Andrés Chenier produjo en su lira algunos acentos para llorar á nuestra heroína.

Si nacieras en Grecia, alma divina,

Tu denuedo sus hijos ensalzaran,

Y de Paros los tornos agotaran

En busca de tu imagen peregrina.

Junto á Harmodio, que adoran, la erigieran;

De tu féretro al torno, en sacro coro,

A Némesis clamando en triste lloro,

Contra el crimen venganza le pidiéran.

Mas en Francia al verdugo te abandonan.

En sus manos inmundas tu cabeza

Servirá de festín á la torpeza

De unos monstruos que al yerto monstruo entonan.

¡Con qué noble sonrisa de menosprecio

Respondiste al tirano cuanto fiero,

Por vengar á un tirano carnicero,

Con la muerte creyó aterrarte, necio!

¡El, sí, debió aterrarse! con tus jueces,

Y el senado, y su indigno ministerio,

Cuando en su tribunal tu con imperio,

Sin usar de femeniles preces,

Con magnánimo acento, puro y blando,
 Les mostraste que el crimen si es potente,
 Lo es aun mas el que sabe noblemente
 Sostenerlo su vida despreciando.
 So un disfraz apacible y placentero,
 Tiempo habia ocultabas tu el destino
 Que amagaba al perverso, etc.

Uno de los poetas mas grandes de Alemania, el ilustre Klopstock, que simpatizó tan vivamente con la revolucion francesa, por cuya circunstancia mereció el título de ciudadano francés; celebró á Carlota Corday en una oda titulada *los Dos Sepulcros*, donde no reparó en colocarla sobre las heroínas de todos los siglos.

Tenia veinte y cuatro años Carlota Corday cuando pereció. Ciego fué su puñal, porque tomó por el corazon de Porsena el de su criado ó á lo mas de su verdugo. ¡No detuvo, ay! cual ella creía, la hemorragia revolucionaria! La insurreccion del Calvados fué á estrellarse en las llanuras de Brécourt, y de sus dos caudillos, el marques de Puisaye fué traidor, y Wimpfen fué vencido, dispersándose los diputados. No por esto deja Carlota de aparecer noble y magnánima. Las arrobadoras dotes con que la adornó naturaleza, y que solo sirven al comun de las mugeres, para abrirles un horizonte de amor que convierte su adolescencia en continuo encantamiento, le inspiraron á ella las mas generosas resoluciones y el mas heróico sacrificio. Dotada de maravillosa fortaleza y de potente organizacion, luchó en ella la fuerza fecundante contra un exceso de entusiasmo y pureza, cuya lucha, en que triunfó esta última, produjo el esfuerzo que le hizo prodigar la vida con la mira de salvar otras mil.

Poco despues de la muerte de Carlota, hácia el mes de diciembre de 1793, hubo en la ciudad de Troyes una jóven que trató de imitarla; relativamente á la cual existen poquísimos pormenores. Parece que la afligieron á lo sumo, como á Carlota, los excesos revolucionarios que diariamente se cometian á su vista y en especial los ultrages que tenia que lamentar la religion católica. Juzgó que podria cortar de raiz

tamaños desórdenes, inmolando con peligro de su vida, al terrible procónsul bajo cuyas órdenes se ejecutaban en su desgraciado pais. Mas no pudo llevar á cabo su proyecto, y la sociedad popular de Troyes escribió á la de los Jacobinos de Paris que una nueva Carlota Corday habia intentado clavar el puñal en el pecho de los patriotas, pero que la sociedad le habia hecho pronta y buena justicia. En el language de la época, estas espresiones no necesitan comentario (1).

Lo que aun añade algo de celestial á la accion de Carlota Corday, circundándola de una aureola inmaterial y misteriosa, es su castidad que ya no es problemática desde el sangriento episodio que la hizo vírgen y mártir. Una curiosidad que no pudo arredrar la religion del sepulcro osó llevar la escudriñadora vista hasta los despojos mortales de Carlota, y por mas que investigárá las mas leves señales, no pudo descubrir la menor lesion en uno solo de los rayos de su corona virginal (2).

Es de estrañar que no se haya erigido monumento alguno á Carlota Corday. ¿Será porque su rasgo de valor no sirviéra de utilidad alguna para el pais? Empero ante todo débese el lauro á la accion por lo que es en sí. Por ventura fué mas magnánima la vírgen de la aldea de Domremy que la de la aldea de Lignerries, porque la Francia no sacó provecho sino de las hazañas de la primera? y deberá siempre predominar el egoismo nacional, hasta en las recompensas que se conceden á la virtud? No hay duda que Carlota Corday no sirvió á su patria como ella lo esperaba, si no se ha de considerar mas que el efecto inmediato; ¿pero no se ha de tener en cuenta el entusiasmo con que su heroismo ha inflamado los cora-

(1) Vide el *Correo republicano* del 3o de diciembre de 1793, núm. 61.

(2) Muchos biógrafos han hecho mencion de esta circunstancia. Entre otros, Bonneville en sus retratos de los personajes célebres de la revolucion, tomo II, noticia sobre el retrato de Carlota Corday, que es el 45 de la obra, dice lo siguiente: Fouquier-Tinville le preguntó con ironía en el interrogatorio cuántos hijos habia tenido? -- Ya he dicho, contestó ruborizada, que nunca fuí casada. -- Los sacrílegos, añade el autor de la noticia, quisieron convencersse de ello, fueron á investigar sus despojos!.... Y era vírgen.

zones? Hay uno siquiera que se haya manifestado tibio al recordar su memoria, ni uno en que su imagen no haya prohibido nobles pensamientos ó despertado generosas emociones? Y si los siglos deben legítimo reconocimiento á los grandes ejemplos de que necesitan de vez en cuando para sacarlos del envilecimiento en que se precipitarán, ¿quien mejor lo merece que la jóven cuya figura acabamos de delinear?

Quando la *depanteonizacion* de Marat, se trató de erigir en la ciudad de Caen un monumento á Carlota Corday, cuya casa quisieron demoler los terroristas, sembrar sal en su solar y sustituirla con una columna que llevase esta inscripcion: «Aquí estuvo la casa de Carlota Corday.» Pero ninguno de estos dos proyectos se llevó á cabo.

BREVE NOTICIA SOBRE MARAT.

MARAT debió su prosperidad al mismo furor de su ineptitud. Cabeza ardiente en que fermentaba la confusa é indigesta amalgama de todos los conocimientos humanos, vióse reducido á vender contraveneno en las calles de Paris, y la mayor fortuna de ese futuro tribuno y fiero demócrata consistió en ser nombrado *médico de los caballos del conde de Artois*. Negado en su arte, trató de hacer una escursion en las ciencias físicas, queriendo destronar á Newton, pero estrellóse igualmente; echóse en la fisiología, y tan solo mereció este dicho humillante de Voltaire: «Cuando nada de nuevo se tiene que decir, sino que el alma se halla en la meninge, mal se puede preconizar el desprecio para con los demas y la alabanza para sí propio, pues los lectores todos se escandalizarán.» Finalmente tuvo la osadía de erigirse en legislador, y publicó un plan de legislacion criminal, en que se jactó de dejar atrás á todos los que habian escrito antes que él (¿quién lo creyera?) en humanidad y sensibilidad! ¡Marat bueno y compasivo! Al llegar á la página de su libro en que se trata de aplicar la pena mas grave, no se siente con fuerzas para pasar adelante; oye la voz de la naturaleza dolorida, oprímesele el corazón, la pluma le cae de las manos, y termina el libro sin que haya podido acabar de resolver ese punto. Y posteriormente el mismo hombre fué poseido de un frenesí de matan-